



“... Jesús me tocó el corazón”

Me llamo Jorge, tengo trece años y soy de Villanueva de Alcardete (Toledo). Desde temprana edad, a los siete años, el Señor puso en mi corazón una semilla. Me empezó a llamar la atención las cosas de la Iglesia, las misas, y lo más importante: ver cómo Jesús bajaba todos los días para estar con nosotros en la Eucaristía.

Un gran amigo, al empezar la catequesis de primera Comunión, me animó a ser monaguillo. Veía que Jesús, cada vez, me llamaba con más insistencia, pero no sabía lo que quería de mí. Cuando este amigo entró en el Seminario Menor, me llamó la atención. Él me invitó a venir al Seminario. Se lo comenté a mis padres, de quienes recibí un gran apoyo, y a mi párroco, al que también estoy muy agradecido.

Al terminar 6º de Primaria, y después del cursillo de ingreso, entré en el Seminario Menor para hacer 1º de ESO. A lo largo del curso veía, a través de mis compañeros, las convivencias, los ejercicios espirituales, y, lo más importante, la oración, cómo Jesús me llamaba a seguirle mar adentro, sin miedo. Desde ese momento, Jesús me tocó el corazón y me dijo que fuese un humilde pastor en la viña del Señor.

Tengo que dar muchas gracias por esto a mi familia, mis paisanos seminaristas, mi párroco y mis formadores, que han estado y están dándome unos consejos y una formación, para ir creciendo en esta llamada del Señor.



“... a Cristo le importas tú”

Me llamo José Miguel, tengo treinta y dos años y soy de Villatobas (Toledo). La verdad es que no sé cómo el Señor se ha fijado en mí para el sacerdocio. Recuerdo que siempre en casa recibí una educación cristiana, y ya desde pequeño tenía inquietud por el sacerdocio, tanta que algunos amigos jugábamos a decir misas. Después la vida me llevó por otros derroteros, mas siempre estuve cerca del Señor y de mi Parroquia.

Llegó el momento en que Jesús decidió que debía abandonar el “mundo pagano” y dedicarme más enteramente a Él. Recuerdo que fue en la primera Misa de un sacerdote paisano mío. En el momento de la consagración, y al elevar la forma, sentí cómo ese mismo Jesús Eucaristía me zarandé y me dio un fuerte “ladrillazo”.

Desde ese momento fui pensándolo y hablando con algunos sacerdotes; y bueno, aquí estoy, en el Seminario, una gran casa, donde no sólo nos formamos intelectualmente, sino donde haces verdaderos amigos y, lo más importante, donde conoces más profundamente al Señor.

Sólo deciros: ¡No tengáis miedo a escuchar y responder a la llamada del Señor! Aunque la quieras acallar, siempre Él hará lo posible para que se cumpla su voluntad. Ánimo, sólo junto a Cristo está la verdadera libertad y felicidad. Él te espera, no importa tu edad ni tu miseria. A Cristo le importas tú.

Tengo Buen Pastor, nada me falta.

“¿Me amas? Apacienta mis ovejas” (Jn 21, 16)

¿Por qué estoy aquí?

Estoy aquí porque Él se prendó de mí (Cfr. Sal 44), y un día me lo hizo saber. ¿Cómo? Fue todo muy sencillo. A veces creemos que las cosas de Dios tienen que hacer mucho ruido o ser muy extraordinarias. Pero no es así; Él se muestra en tu realidad, como estás.

“Dios es amor”. Estas palabras se grabaron a fuego en mi corazón desde pequeña. Él estaba siempre a mi lado. Cuando fui creciendo, veía una belleza muy grande en los cristianos, y me pegué a la Iglesia. Me dijeron que Dios me amaba, y este Amor tan grande hizo que se despertara en mí la fe.

Yo, sin saber, buscaba, quería ayudar a los demás, estar con la gente, hacerlos felices; eso es lo único que me movía. Pero sentía que esa felicidad también se acababa... Hoy he descubierto que la felicidad es estar en la voluntad de Dios.

Estudiaba Animación Sociocultural para hacer feliz a la gente, para que tuvieran esperanza, una razón para vivir. Me dolía el sufrimiento de los demás. ¿Qué podía hacer yo?

Un día, en clase, esta pregunta encontró respuesta. Nos mandaron escribir: ‘¿Cómo te ves dentro de diez años?’ Las respuestas fueron:

- Me gustaría creer que traer una vida a este mundo merece la pena: mi deseo es realizarme y, ante todo, ser feliz.
- Estaré rodeada de animales y plantitas. Tendré un hijo con mi pareja y un perrito pequeño.
- Estaré solo; ese es mi destino. Con el tiempo me mentalizaré de que la vida es así y voy a recibir muchos palos.

Entre todas estas respuestas, ¿qué queréis que os diga?, la mía estaba llena de gozosa esperanza:

- Nada me inquieta. Sólo me hará falta ponerme en las manos de Dios y que Él obre en mí. Mi futuro está en sus manos.

Yo sentía que Dios me confiaba especialmente a mis compañeros. Todo hombre tiene sed de amar y ser amado. ¡Úrge entregarse!

Vine a conocer a las monjas y se me quedó el corazón aquí. Supe que era mi lugar por la paz y la alegría que experimenté en mi interior. Al fin era lo que bullía en mí, por fin descansaba...

No sabía que Cristo me estaba fascinando y me atraía con fuerza irresistible hacia el Monasterio. Cristo se me hizo presente a través de mujeres radiantes que vivían y viven arrodilladas para “que ninguno se pierda”.

Hoy permanezco aquí porque Cristo me ha llamado a formar parte de su mosaico y soy más feliz de lo que nunca pude imaginar, derramada a sus pies, en la Iglesia.

Ésta es mi tierra: mis hermanas.

Gracias, Cristo; gracias, Madre Iglesia.

Erika Jiménez. (Sor Regina del Buen Pastor)
Del Monasterio de Hnas. Clarisas, de Lerma



Testimonio de un laico

Parece que uno no elige ser laico. Parece que los laicos somos la “vocación por defecto”, aquello que uno es desde el principio y que no deja de ser a menos de que elija emprender otro camino. Tal vez aquí se encuentre el problema de los laicos: no nos consideramos un camino más, una opción de construir Reino; no nos consideramos objeto de una llamada específica sino que más bien sentimos que somos laicos porque no hemos sido llamados a otra cosa.

Yo me siento llamado a ser laico e intento, desde mi día a día, dar respuesta a esta llamada allí donde estoy: normalmente en medio de una sociedad construida por todos y a la que, demasiadas veces, miramos de refilón como si hubieran sido otros los que la hubieran inventado. Yo me levanto cada mañana sintiendo que el Padre me sigue llamando a ser fermento en la masa, que el Padre me sigue interpelando en mi trabajo, en mi familia, en mi entorno.

Trabajo en una empresa multinacional americana, una de las más importantes del mundo donde cada año tenemos como objetivo el incrementar los beneficios. No es el trabajo al que me considero llamado pero es el que tengo ahora y el que me permite mantenerme. Yo no lo vivo como una carga sino como una oportunidad. El ambiente entre compañeros es bueno, agradable pero día a día nos enfrentamos con la presión de los resultados, con la exigencia de los números, con la carga de la innumerables horas de trabajo. Ahí veo yo la ocasión de construir Reino, de ser testigo de Jesús. Estoy convencido de que mis compañeros se dan cuenta de que hay algo diferente, de que me mueven otra serie de valores, de que mis actitudes tienen otro fundamento. Intento mirar cada día a la persona que hay en cada uno, no a la máquina que te hacen ser. Intento interesarme por la vida de la gente con la que paso muchas de mis horas al día. Abro mi vida a los demás y les dejo ver aquello que hago, que creo, que siento. Y lo intento hacer desde la normalidad, sin moralismos, sin intentar convencer a nadie, sin catequizar... Este trabajo me ha llevado a cruzarme en la vida de mucha gente y ha traído nuevos nombres a la mía. Nombres de personas que viven alejadas de Dios, que ni siquiera le conocen. Nombres de personas que toman distancia ante la Iglesia, que juzgan, que prejuzgan, que se burlan... Este trabajo me permite ser Iglesia dentro de ambientes hostiles y me permite enseñar una Iglesia desconocida, la Iglesia de los laicos que poblamos empresas, universidades, laboratorios, etc.

Estoy casado y estoy a punto de ser padre por segunda vez. Esta es la otra cara de mi vocación laical. Siento que mi familia es una Iglesia doméstica, como decía Juan Pablo II. Siento que somos comunidad de fe y que

Jesús es parte de nuestra casa. Las decisiones más importantes fueron tomadas en comunión y desde Dios: casarnos, elegir un lugar donde vivir (un piso en Carabanchel en lugar de un chalet en la sierra madrileña), tener hijos... Y algo a lo que nos comprometimos en la celebración de nuestro matrimonio es signo característico y esencial de nuestro construir Reino juntos: nuestra casa es hogar para todo el que lo necesite. Siempre abierta. Siempre disponible. Los ojos de nuestro pequeño Álvaro han visto cómo gente de diversas edades y condiciones han encontrado cariño y cobijo bajo nuestro techo. Esto es muy importante para nosotros. Vivimos nuestro "ser familia" como un signo de Dios para los demás. Es algo que tenemos que mostrar: vamos juntos a todas partes porque, como familia que somos, nos sentimos signo y testimonio del Padre. Intentamos gritar al mundo que es posible comprometerse, que es posible vivir juntos, que es posible amar y ser amado, que es posible estar en comunión.

Y por último no puedo dejar de referirme a la comunidad cristiana a la que pertenezco, a la Comunidad de Betania (www.comunidadbetania.org) . Vivir la fe de una manera comprometida en comunidad es algo esencial para mí. Es uno de los pilares de mi vida. Ponerle cara a "mi prójimo", crecer en fraternidad día a día, sentir que tienes hermanos que te cuidan, que te confrontan, que te quieren, que te conocen... saber que "lo mío es tuyo y lo tuyo es mío", celebrar la vida y la fe cada semana, hacer proyectos juntos y soñar el Reino junto a otros es algo que también podemos hacer los laicos: podemos hacerlo y debemos hacerlo. Y siempre cerca de la Escuela Pía, enviado desde la comunidad a acompañar a los jóvenes de nuestros centros en su camino de madurez personal y de fe.

El Padre me llama cada día a ser laico. Yo, cada día, respondo lo mejor que sé y siento. Ojalá que la semilla dé fruto a su tiempo, pero eso... ya no es cosa mía.

Santiago Casanova



Haz latir el corazón del mundo

Editorial EDICE

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

...la vocación al servicio de la Iglesia comunión